

El dominio inglés de los mares

El drama económico-político que ahora vive la Gran Bretaña obedece sin duda a causas complejas, todo lo complejas que suelen ser las determinantes históricas, pero espigando en ellas, quisiera desglosar aquí brevemente las que me parecen de orden económico fundamental.

Se desarrolla la grandeza del Imperio Británico en la etapa victoriana, la buena etapa victoriana que hace época en la moderna historia inglesa. Las predicaciones de la escuela económica manchesteriana habían cristalizado definitivamente en las clases cultas, tanto intelectuales como mercantiles, y el libre cambio se había impuesto como régimen típicamente inglés en las relaciones comerciales con los demás países, considerándolo el sistema ideal para promover la prosperidad del país. Simultáneamente se desarrolla el Imperio, y se constituye la Gran Albión en la mayor potencia naval del mundo, lo que le permite mantener la seguridad de sus rutas marítimas, medio de conservar a la vez el Imperio y su comercio con el resto del mundo. Bajo estas condiciones, se desarrolla en Inglaterra un proceso de especialización productiva. Favorecida por la naturaleza más para la industria y el comercio que para la agricultura, aprovecha el reciente progreso técnico de mecanización industrial para crear el aparato fabril más formidable entonces conocido; la industria atrae los brazos y los capitales, robándolos al cultivo de la tierra y a la ganadería, que ofrecen perspectivas más pobres. Así llegó, a base de su riqueza mineral y de su técnica, a crear una de las organizaciones mercantiles más poderosas, la cual centralizó, mediante su carácter de libre mercado mundial, el comercio de todos los grandes productos, y constituyó para los países agrícolas el mercado por excelencia de materias primas, que pudo aprovechar para desarrollar más su industria; la nación inglesa vino a convertirse en el polo opuesto de lo que hoy se llama un país autárquico; fué un país completamente dependiente para su alimentación del exterior y también lo fué en gran parte para el abastecimiento de su industria, de tal modo que un bloqueo eficaz hubiese significado la muerte por inanición de sus habitantes y la paralización de sus fábricas.

Las cosas iban así bien para Inglaterra mientras la paz durase; sus esfuerzos por conservarla deben considerarse tan sinceros como interesados. No dejaba de tener sus riesgos la cosa. Era una situación peligrosa que le obligaba a mantener una

costosa marina de guerra y a tomar a su cargo la honrosa, aunque penosa, policía del mar. Pero merced a ello consiguió convertirse en la mayor potencia comercial e industrial del orbe, acumular riquezas que hicieron de la Gran Bretaña el centro financiero indiscutido del planeta y dieron a sus habitantes un tipo de vida privilegiado, no obstante ser un país originariamente pobre por sus dotes naturales.

Las dificultades para Inglaterra empezaron con el declinar del libre cambio, una evolución que se inicia con la introducción del patrón oro en los países del Continente y en Norteamérica al terminar la guerra francoprusiana. Con la agudización de las crisis que sobrevino entonces y con las dificultades monetarias que son su obligada secuela, surgió el neoproteccionismo, que buscaba su principal justificación en la protección a las industrias nacientes. El ejemplo de la nación inglesa actuaba poderosamente haciendo creer al vulgo, a los políticos y hasta a algunos hombres de ciencia, que el único modo de prosperar y conseguir un elevado tipo de vida era desarrollar la industria a expensas de las actividades básicas. Mas en la Gran Bretaña ese enriquecimiento había sobrevenido con el libre cambio y en gran parte gracias a él; en un régimen de fronteras cerradas o semicerradas, en países que tenían poderosos intereses agrícolas que no querían ser sacrificados al engrandecimiento industrial, existía un grave inconveniente para desarrollar la industria, que no podía resolverse sino a base de tener colonias y países dependientes a los cuales se pudiese imponer la absorción de los propios productos que el cierre progresivo de las fronteras de las naciones autónomas canalizaba cada día más hacia aquellos que no eran libres de cerrarlas o no tenían interés en ello. De aquí nació la política colonizadora e imperialista que llena las dos últimas décadas del siglo pasado, germen directo con la lucha comercial de que era secuela, de la primera guerra europea, que inició el declinar del poderío de la gran nación inglesa, a pesar de haber salido victoriosa en la contienda.

Señalamos de paso que el proteccionismo va siempre unido en la historia al afán colonizador. El rabioso proteccionismo de los siglos XV a XVIII engendra la fiebre colonizadora y de descubrimientos y las pugnas entre España, Inglaterra y Francia, las grandes potencias de entonces. La diferencia es que, en aquella lejana época, lo que se buscan principalmente son las riquezas naturales y especial-

mente las minas de oro y plata, en tanto que modernamente lo que se buscan son mercados. Bajo este diferente aspecto no sería arduo encontrar un común denominador de dificultades monetarias y comerciales matizadas diferentemente por las condiciones de cada época.

El espacio entre una y otra gran guerra se señala por un feroz recrudescimiento del proteccionismo, o mejor dicho, del reforzamiento de las barreras comerciales de todas clases. Eso de la simple elevación de los aranceles pareció algo así como sería el fusil de chispa o la catapulta para la guerra moderna, y se idearon medios nuevos de defensa y ataque: los cupos o contingentes, los controles de cambios, los acuerdos bilaterales, las devaluaciones monetarias; nada parecía bastante eficaz para paralizar corrientes comerciales que se interpretaban como dañinas para las economías nacionales. Unas veces era la crisis y el paro lo que motivaba el refuerzo de las medidas protectoras, otras la disminución de las reservas monetarias, y otras en fin, era la caída del valor de la moneda propia en relación con las exteriores lo que servía de pretexto para reforzar las medidas de aislamiento comercial, cuando no era francamente un anhelo de total independiencia económica, la autarquía, por algo la palabra se introdujo en esa época. Lo curioso es que, al comenzar la primera guerra europea, fué idea generalmente aceptada la de que una de las principales causas de ella había sido la política proteccionista, y se señaló como uno de los objetivos de la victoria aliada el allanar las barreras comerciales. Lo ocurrido enseña de cuán poco sirven los buenos propósitos cuando siguen actuando, y en este caso agravadas por las consecuencias de la guerra, las mismas causas que determinaron el mal.

El caso es que la propia Inglaterra, campeona del librecambio, que debía a él su prosperidad, y que no pudo impedir que sus propios dominios establecieran aranceles no sólo contra los países extraños sino contra la propia metrópoli, tuviera que reintroducir el proteccionismo y las tarifas preferenciales interimperiales, medidas que resultaron insuficientes para aliviar su crisis, teniendo que acudir al remedio más drástico de la devaluación monetaria.

Se comprende que todo esto había de resultar fatal para la prosperidad de la Gran Bretaña, país en el que las dificultades comerciales habían de repercutir como en ningún otro, dada la estructura que había venido a adquirir su economía nacional. Aun antes de la última guerra sólo el 55 % de su importación era pagada por su exportación; el resto se satisfacía e expensas de exportaciones in-

visibles, principalmente fletes, comisiones de servicios bancarios e intereses y dividendos de sus colocaciones de capital en el extranjero. Todo esto se ha resentido como resultado de la última guerra: los capitales exteriores se han perdido por destrucción o por tener que enajenarlos para procurarse los medios de proseguir la lucha, la hegemonía financiera ha pasado a los Estados Unidos, la minoración del comercio mundial, y los efectos de la guerra en su marina mercante han mermado también el otro capítulo. Para compensar estas mermas, tiene que intensificar sus exportaciones, pero si el mundo no suprime los obstáculos al libre tráfico—y es difícil que Inglaterra consiga esto cuando ella misma se ve obligada a poner barreras a los productos extraños para resolver la crisis de divisas—, el problema de aumentar las exportaciones no será fácil, máxime cuanto que la mitad oriental de Europa está prácticamente cerrada al comercio occidental y la política económica interna de la Gran Bretaña, que se basa actualmente en restringir la iniciativa privada, —otro de los grandes resortes de la prosperidad inglesa en otro tiempo—, y en elevar los costes mediante una política de salarios grata a la gran masa electoral, será poco propicia a obtener ventajas en la competencia mundial.

La Gran Bretaña se verá obligada a reducir su tipo de vida de una manera inaudita, porque el mundo y la propia nación inglesa han destruído todo aquello que habían permitido elevarlo en la segunda mitad del siglo pasado.

GERMÁN BERNÁCER.